

EN
LAS
PUERTAS
DE
ITALIA

Obras
Escogidas

de elmergo
elmergo

S
S
A



AMICIS



EN LAS
PUERTAS
DE
ITALIA



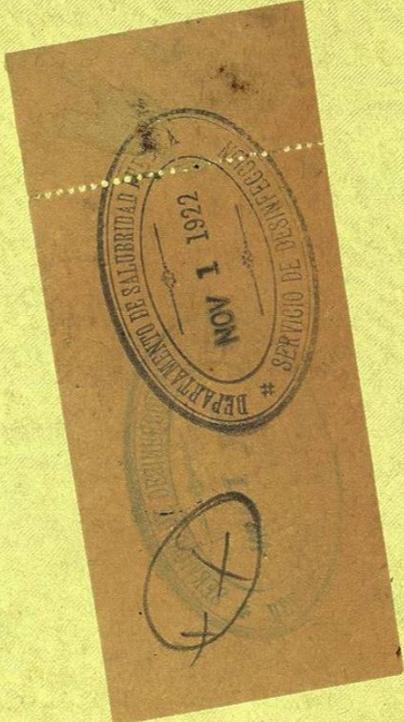
DG427

A4

70051

18

pp. 629



FONDO
RICARDO DOMÍNGUEZ

EN LAS
PUERTAS DE ITALIA





EN LAS
PUERTAS DE ITALIA

POR

EDMUNDO DE AMICIS

—••—
VERSIÓN CASTELLANA

POR

Gayetano Vidal de Balenciano

ILUSTRADA CON 172 DIBUJOS

DE

GENARO AMATO



—••—
BARCELONA

ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

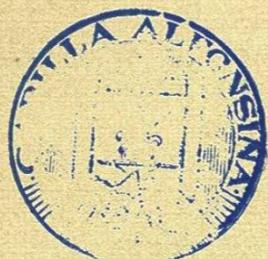
Es propiedad

98037

15239

D9427

A4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A LA CIUDAD DE PINEROLO

EN TESTIMONIO DE APRECIO Y CONSIDERACION

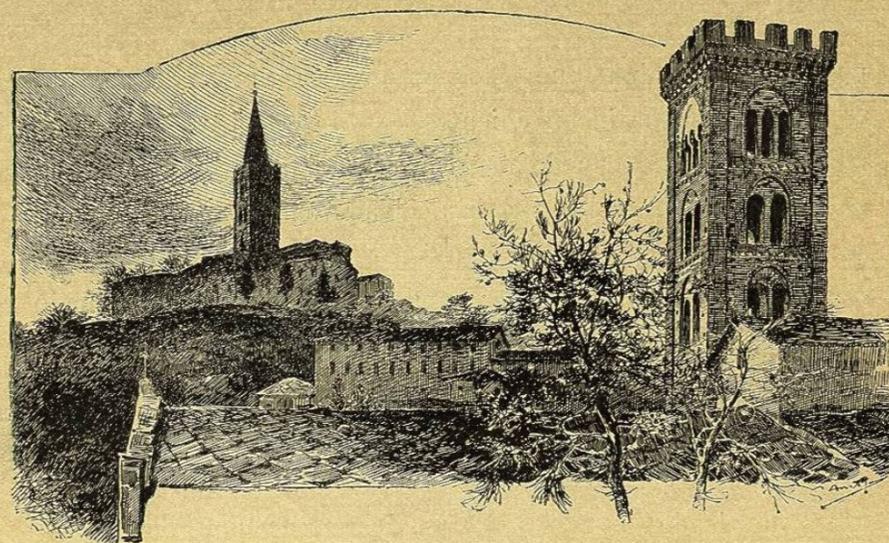
OFREZCO ESTAS PÁGINAS

INSPIRADAS POR LA HERMOSURA DE SUS MONTAÑAS

Y POR LA ALTEZA DE SUS RECUERDOS

Ed. DE AMICIS

91
A.



PINEROLO BAJO LUIS XIV

Al Sr. Carlos Toggia, Turín.

Pinerolo 22 de Julio de 1675.

AGRADÉZCOTE en el alma tu carta apreciableísima, que, después de tantos meses de silencio, ha sido para mí motivo de muy grata satisfacción. La presente llegará á tus manos por conducto del señor Pedro Osasco, procurador de S. A. R. el duque de Saboya, el único pinerolés al cual pueda yo confiar una carta peligrosa, con la esperanza de que vuestros reverenciados señores no le metan las manos en los bolsillos.

Gracias mil por tus afectuosas preguntas respecto á mi familia. Lo mismo mis hermanos que mis hermanas están perfectamente buenos; y por lo que á mí toca, merced á la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

pureza de los aires que estos montes nos envían, y á pesar de los numerosos inconvenientes de mi situación, ya que no reviente de salud, puedo decir á boca llena que los médicos no saben de qué color son las colgaduras de mi cama. Ello es que, aun cuando no me detuvieran en ésta mis particulares asuntos, aquí permanecería; por lo mismo que he echado raíces, y tengo para mí que no ha de serme posible transplantarme sin exponerme á algún peligro.

La ciudad me gusta muchísimo. Vista desde una altura, situada como se halla en la embocadura de dos hermosos valles, al pie de los Alpes Cozios, delante de una dilatadísima llanura sembrada de centenares de aldeas, que parecen blancas islas en un mar inmóvil de perenne verdor, es la ciudad más bella del Piamonte. Solía decir mi buen padre que aquí, para aprender la historia de la Casa de Saboya, basta con leerla una sola vez debajo de techado; por lo mismo que mirando en derredor pueden seguirse los movimientos de los ejércitos y las vicisitudes de las guerras, de la propia manera que si se tuviese ante los ojos una inmensa carta geográfica. Esto, si bien se considera, nada tiene de particular; lo extraño es que con el mismo provecho puede estudiarse también el Nuevo Testamento, gracias á la rara semejanza que existe entre la situación y los alrededores de Pinerolo y de Jerusalén. Como la ciudad santa, hállase ésta edificada sobre una altura, desde la cual va descendiendo, ensanchándose siempre, hacia la llanura: el collado de San Mauricio viene á ser el monte Sión; la altura de la ciudadela el Gólgota; la montaña de Santa Brígida el monte Moria; y no sólo por el lugar en que se halla sino también por el aspecto que ofrece, el valle del Lemina corresponde perfectamente al de Josafat; sin contar con que Pinerolo cuenta también con un monte Olivete en la parte de Levante,

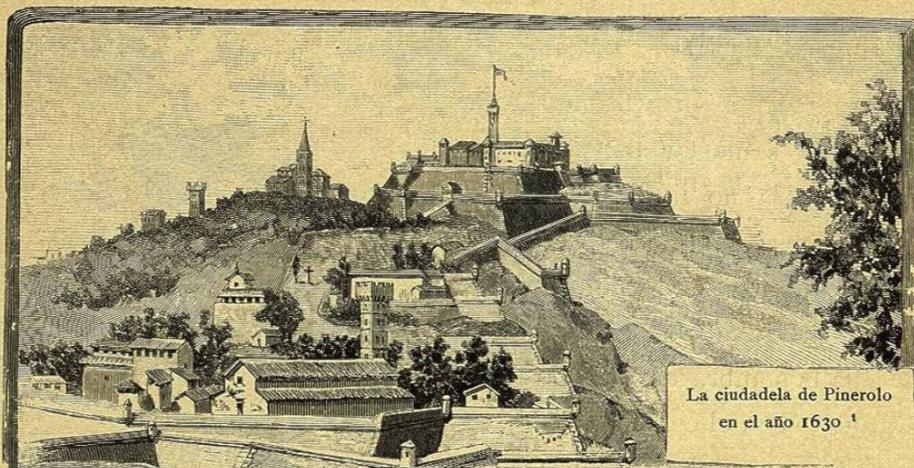
el torrente Chisone, puede representar con toda perfección el río Jordán. ¿Qué te parece? ¿Tengo razón en querer permanecer aquí, aun cuando no sea para otra cosa que para estudiar á la vez la historia patria y la historia sagrada?

* * *

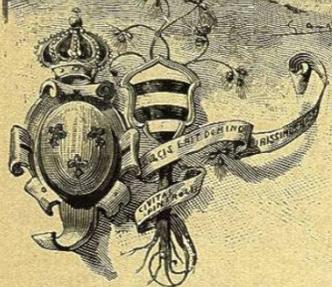
Pero dejando bromas á un lado, y accediendo á tus deseos, voy á contestar detalladamente á todas tus preguntas. Por desgracia no tiene nada de alegre, ni mucho menos lo que debo decirte. Excepción hecha del placer de respirar el ambiente purísimo y de admirar el paisaje, lo que es la vida de Pinerolo nada tiene de agradable. Aun cuando no pesara sobre ella la sombra de un solo extranjero, la ciudad no podría estar alegre con el cerco de murallas, de bastiones, de medias lunas y de contrafuertes que la oprimen, y con aquella enorme ciudadela que levanta sobre sus casas aquellos cinco torreones de mal augurio. Añade á lo dicho, un comandante general, francés; un lugarteniente del rey y un gobernador del castillo, franceses; un Estado Mayor que no acaba nunca y una nube de oficiales y de soldados de milicias móviles, franceses, y podrás formarte una idea de la manera cómo estamos. Estos nos detestan con toda su alma, y nosotros les odiamos de todo corazón; ellos nos miran como vencidos y prisioneros, y nosotros les consideramos como invasores y esbirros; ellos ven en cada pinerolés un espía del duque de Saboya, y nosotros contemplamos en cada uno de ellos un delator á sueldo de Saint-Mars.

Es imposible formarse idea de las vejaciones á que estamos sometidos. No se puede salir de la ciudad sin autorización expresa del gobernador; no se puede salir de casa como no

sea en horas determinadas; la broma más inocente que uno se permita en la hostería le cuesta ser detenido y enjaulado; en toda valija de viajero italiano presumen que se han de encontrar venenos y puñales; en el más insignificante pedazo de papel ven dibujos de las fortalezas. Y lo bueno es, que



La ciudadela de Pinerolo
en el año 1630 ¹



cada vez que creen haber echado mano á uno de esos traidores imaginarios parece que el mundo se venga encima: pesquisas, amenazas, correos á París, advertencias á Turín, órdenes arbitrarias para que sean expulsados de la ciudad los italianos que no tienen domicilio habitual, y despedidos del servicio de la autoridad los piemonteses y los saboyardos; visitas domiciliarias y pesquisas de toda naturaleza. Seguro puedes estar de que por todo el oro del mundo no se encontraría en Pinerolo ni un mosquete ni una pistola.

¹ Este dibujo está reproducido de un grabado antiguo hecho por el señor De Beaulieu, ingeniero geógrafo ordinario de S. M. el rey Luis XIV.

Con lo dicho puedes comprender que todo son quejas y lamentaciones de parte de estos ciudadanos; pero esto mismo te indica que las autoridades hacen á las mismas oídos de mercader. De un lado arbitrariedad manifiesta é impunidad absoluta; de otro rebeliones y venganzas, con tal, se entiende, que puedan llevarse á cabo sin temor de ser descubiertos los que las ejecutan. Los duelos, las palizas, los hurtos, las aventuras amorosas que suelen terminar con una puñalada en el pecho, negocio son de cada lunes y de cada martes. Las *gattés du sabre*, como las llaman, constituyen hoy por hoy nuestra distracción habitual; vivimos bajo el régimen maternal de la hoja de la espada. Añade á lo dicho, que nuestros buenos amigos creen tener derecho sobre nuestras mujeres como sobre sus caballos, y puedes sacar las consecuencias.

No puedes imaginarte con qué soberbia, con qué altanería nos golpean las botas con las espadas estos orgullosos galoneados mercenarios del gran Sotano de Versalles! ¹ *El* es quien da el tono á todo el mundo, y con todo esto son tan groseros é ignorantes que pueden darle quince y raya al más rudo montañés del Talucco. Un ejemplo para que te convenzas. Está alojado en casa un alférez, de Rivière, del regimiento de Navarra, largo y espetado como una lanza, que con su mano blanca y llena de sortijas escribe: *Suivant lordre que j'ai recu a Pignierolle...* Nos hablamos, porque no podemos pasar por otro punto. En cuanto á él dale que dale con el tema de la deslealtad de la política de Saboya. Por mi parte, y á fin de rebatir sus argumentos, le digo que sería por demás divertido ver á un oso blanco y á un oso negro que se hubiesen puesto de acuerdo para zamparse á un lebrél que tenían cogido entre sus garras, calificando de deslealtades los esfuerzos que

¹ El cardenal Richelieu.— *N. del T.*

hiciera el animalillo para lograr que ambos se quedaran en ayunas.

*
* * *

Nuestra situación es tal, que de seguro no tiene semejante en el mundo entero. Dentro del recinto fortificado existen dos ciudades completamente distintas. La ciudadela con sus calabozos y su compañía franca, está realmente separada de Pinerolo. Sus puentes levadizos, siempre levantados, sólo se bajan para dar entrada á las provisiones y á los correos. Saint-Mars, que en su calidad de gobernador del castillo debería estar bajo la obediencia del gobernador general de la ciudad, el marqués de Herleville, se ríe de éste y hace su santa voluntad, importándosele un comino de sus órdenes. De aquí que se miren mutuamente con verdadera desconfianza, y aun presumo que cada cual ha de hacer espiar á su adversario, y el Louvois de París á entrambos. Resulta de ello que la ciudadela constituye un pequeño mundo aparte, objeto de preocupación incesante, no sólo de parte de la guarnición, sino también de los pinerolese. Los oficiales, los viajeros, los habitantes de la ciudad, dan vueltas en derredor de aquellas murallas no menos altas que impenetrables, devorados por la curiosidad, y fantaseando, ya que no puedan hacer otra cosa, respecto de los prisioneros misteriosos y de los extraños acontecimientos que se encierran y deben realizarse detrás de aquellos muros, tanto que á fuerza de darle vueltas á lo que es puramente imaginario, acaban por concederle la consistencia de un hecho real.

Quién pueda hallarse encerrado allí al presente, cosa es que no puede saberse de un modo cierto, con excepción del intendente Fouquet y de su criado, el famoso Eustaquio



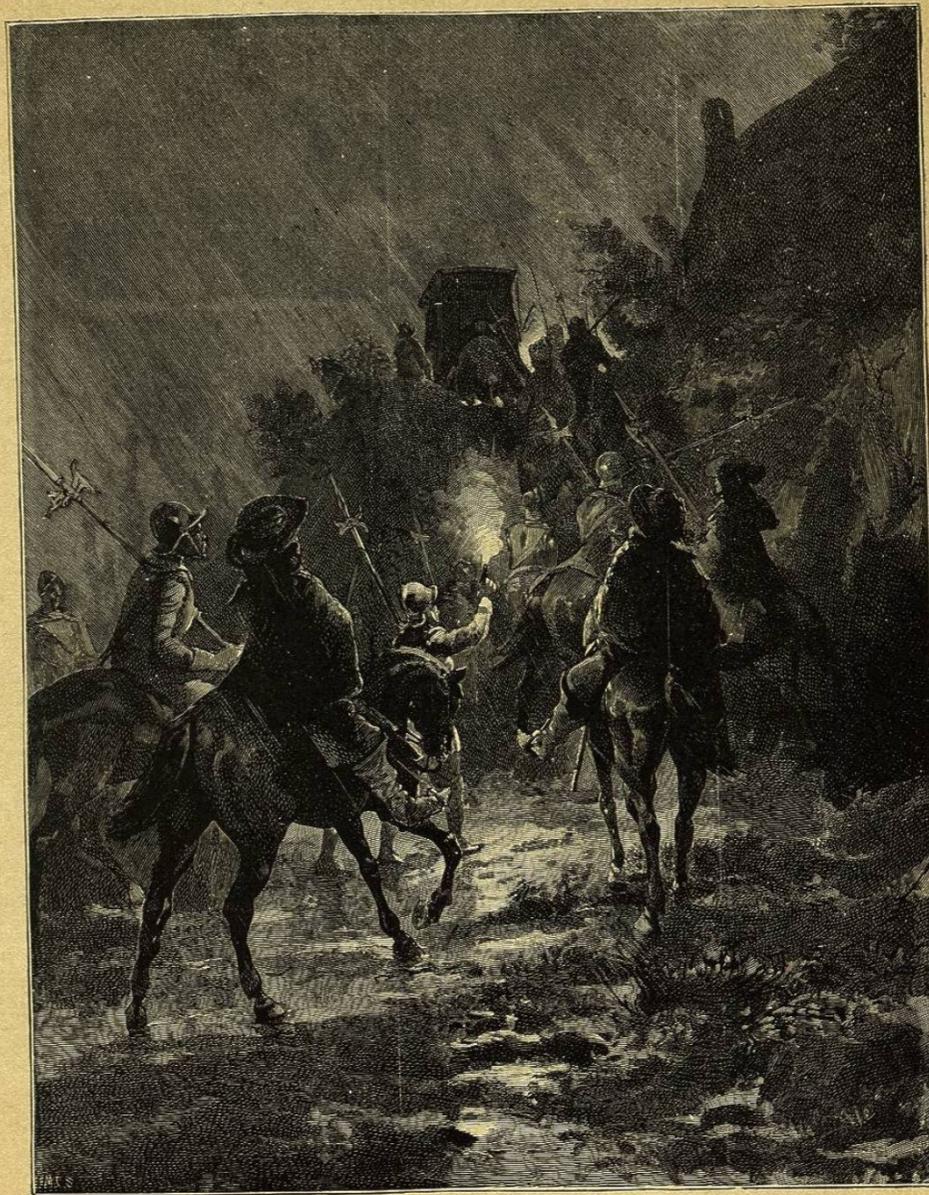
Puertas de Italia.

... escoltado por algunos soldados, es conducido de noche á la ciudadela

hiciera el animalillo para lograr que ambos se quedaran en ayunas.

Nuestra situación es tal, que de seguro no tiene semejante en el mundo entero. Dentro del recinto fortificado existen dos ciudades completamente distintas. La ciudadela con sus calabozos y su compañía franca, está realmente separada de Pinerolo. Sus puentes levadizos, siempre levantados, sólo se bajan para dar entrada á las provisiones y á los correos. Saint Mars, que en su calidad de gobernador del castillo debería estar bajo la obediencia del gobernador general de la ciudad, el marqués de Hertoville, se ríe de éste y hace su santa voluntad, imponiéndosele un comiso de sus órdenes. De aquí que se miren mutuamente con recíproca desconfianza, y aun presumo que cada cual ha de hacer espiar á su adversario, y el Louvois de París á entrambi. Resulta de ello que la ciudadela constituye un pequeño mundo aparte, objeto de preocupación incesante, no sólo de parte de la guarnición, sino también de los pinerolenses. Los oficiales, los viajeros, los habitantes de la ciudad, dan vueltas en derredor de aquellas murallas no menos altas que impenetrables, devorados por la curiosidad, y fantaseando, ya que no puedan hacer otra cosa, respecto de los prisioneros misteriosos y de los extraños acontecimientos que se ocultan y deben realizarse detrás de aquellos muros, tanto que á fuerza de darle vueltas á lo que es puramente imaginario, acaban por considerarle la consistencia de un hecho real.

Quién pueda hallarse encerrado allí al presente, cosa es que no puede caberse de un modo cierto, con excepción del intendente Fouquet y de su criado, el famoso Eustaquio



Puertas de Italia.

... escoltado por algunos soldados, es conducido de noche á la ciudadela

Dauger, del más famoso conde de Lauzun y de dos oficiales de artillería, franceses, respecto de los cuales no se ha podido conocer hasta el presente ni sus nombres ni el delito que hayan cometido. La creencia general es que los presos son en gran número, pues no se pasa día sin que llegue uno nuevo, que, escoltado por algunos soldados de la compañía franca, es conducido de noche á la ciudadela, sin atravesar siquiera la ciudad, haciéndolo pasar por la poterna de San Jacobo, á la cual se llega á lo largo de un estrecho sendero que se desarrolla en curvas y zigzags entre la luneta de Santa Brígida y la de Sault.

Hoy es, y siguen haciéndose no pocos calendarios respecto de un prisionero desconocido que fué llevado á la ciudadela el mes de Abril del año pasado una noche de lluvia, con el mayor sigilo y no pocas precauciones, en medio de una falange de caballeros, mandados por el lugarteniente de Saint-Martin, y, encerrado, á lo que se dice, en la torre llamada *torre baja*, que es la del centro de la fortaleza y de las cinco la más triste y tenebrosa. Se dice que fué traído en litera, que procedía de Lión, y que llevaba oculta la faz bajo una *máscara de hierro*. Hay quien presume que sea el conde de Beaufort; piensan otros que no puede ser otro que el hijo de Cromwell. Los calendarios de costumbre. Por lo que á mí toca, cada vez que pienso en los muchos pícaros vulgares que han pasado por grandes personajes, nada más que por haber sido conducidos á esa fortaleza, encerrados en jaulas, como tigres de Hircania, ó en silla de manos como princesas vencidas, enmascarados, disfrazados, desfigurados, como si del descubrimiento de sus personas dependiera la tranquilidad y el orden de todo el mundo, se me figura que éste de quien se trata, no sea más que un bribón adocenado, ó como si dijéran-

mos el jefe reconocido de uno de tantos grupos de conspiradores que se descubren á diario, ó un envenenador de la Corte, pillado *infraganti*, ó acaso un ciudadano de corazón, que ha tenido valor y firmeza para cantarle nudas y crudas las verdades del barquero á Su Real Majestad el Señor Rey de Francia.

*
* * *

Sea como quiera, todas las miradas y todos los pensamientos al castillo se dirigen, y tengo para mí que, de cada diez pinerolese, los siete sueñan con él todas las noches. Quién sea el nuevo confesor concedido por el Rey á los prisioneros; cuánto habrá gastado el Gobierno durante el último mes en la mesa de Fouquet; qué secreto habrá dejado caer de sus labios, en su último viaje, el eminente d'Artagnan; qué planes habrá venido á tramar el personaje desconocido que hace dos días se vió salir á deshora de casa del Gobernador, asuntos son que dan pie á interminables habladurías, á maravillosos acertijos, en el descubrimiento y la resolución de los cuales se devanan los sesos de la mañana á la noche centenares de personas, faltas de cosas de más provecho en qué ocuparse.

Y es tan viva la curiosidad, y hállase tan generalizada, que la misma marquesa de Herleville ha llegado á enemistarse con la señora de Saint-Mars (una de las criaturas más bellas, más tontas y más desabridas que puedan haberse echado á la cara un par de ojos), despechada por no haber podido visitar el castillo según deseaba. En cuanto á Saint-Mars, se halla tan acosado de peticiones y súplicas indiscretas respecto de sus huéspedes, y especialmente del *máscara de hierro*, que ha tomado el partido de contarle á cada uno un cuento dife-

rente, el primero y más estrambótico que se le ocurre, en la seguridad de que confrontándolos luego, y reconociéndose todos burlados, los curiosos cederán en su empeño de molerle á preguntas. El tal Saint-Mars es un grandísimo bellaco; mosquetero antiguo, soldadote de ventura, más hambriento de dineros que usurero sin entrañas, que se embolsa la friolera de ciento cincuenta mil libras francesas al año, sin contar lo que garbea de la administración con sus manos, nada limpias, y su conciencia poco estrecha: pícaro redomado, con su cara de mona, siempre de mal talante como día sin sol, irascible y más mal hablado que un carretero, carne y uña con Louvois á causa de la hermanita de su mujer, es el tipo perfecto y acabado del gancho de policía y del carcelero corchete á quien Dios cohonda. Ni un solo momento desampara su madriguera: vigila desde su ventana á los centinelas; escudriña y examina las ropas de los prisioneros en tanto duermen, y es capaz de pasarse una noche entera encaramado en un árbol para enterarse de lo que está haciendo en el interior de su cárcel un desgraciado que le inspira sospechas. Esta especie de puerco espín, rodeado de misterio y de pavor, á quien los dedos se le antojan huéspedes, no es la última de las causas en virtud de las cuales en París y en la Corte se habla como de un receptáculo extraño y casi fantástico de esta fortaleza solitaria, existente en el último confín del Estado, al pie de la cual, desde los espléndidos salones de Versalles, vienen los suspiros, los saludos y el oro de innumerables bellezas á buscar los amigos ó los amantes. ¿Pero quién es el guapo que le pueda coger las vueltas al desconfiado Saint-Mars? A los prisioneros más recomendados les lleva él mismo la comida una vez al día; dos centinelas vigilan día y noche ojo avizor en torno de la torre; en el aposento existente enci-

ma de cada uno de los calabozos, duerme con sueño de liebre un oficial de su confianza, y á los reclusos sólo les está permitido confesarse una vez al año: á la misa asisten al través de un ventanillo oblicuo que les permite ver sin ser vistos, y cuando tiene efecto el cambio de guarnición verificase de manera que ni los oficiales ni los soldados que llegan, pueden cambiar una sola palabra con los oficiales y los soldados que se van.

¿Qué delito habrán cometido los más de aquellos infelices? Un libelillo satírico, una canción impertinente, un chiste mordaz, que habrán hecho reír furtivamente á diez cortesanos y á otras tantas damas encopetadas. La cólera de una de las queridas del Rey ó de un ministro habrá sido bastante para que se vieran sumidos en aquel sepulcro, en el cual perecen algunos al cabo de pocos años; y cuando llega á París la nueva de su muerte suele suceder que ni se acuerdan de su nombre, ni del delito que cometieron, aquellos mismos que fueron causa de su prisión.

Puedo asegurarte que la justicia dista mucho de tener la mano ligera de la parte acá del confín. De cuando en cuando, desde la cima del collado de San Mauricio, se oyen los alaridos de los prisioneros indóciles á los cuales «se aplica la disciplina.» Hace algunos días viéronse salir de las cárceles bajas, dando traspies, sofocadas por el llanto, anonadadas por la vergüenza y el terror, tres meretrices de la ciudad, jóvenes aún, á las cuales, no sé por qué culpa, habían afeitado la cabeza y desollado la espalda á latigazos. Siempre recordaré horrorizado aquellos horribles cráneos rapados y aquellos miserables andrajos bañados de lágrimas y de sangre.

*
*
*

Respecto de Fouquet, aun cuando lo sienta, no me es posible satisfacer tu justa curiosidad; sólo sé que en los diez años que lleva aquí, ocupado en hacer la digestión, un poco laboriosa, de los treinta y seis millones del castillo de Vaux, no le ha sido aún concedido volver á ver á su esposa ni á sus hijos. Se sabe, sin embargo, que cuando quiere puede estar en compañía de Lauzun y de los oficiales de la ciudadela, y que Saint-Mars está autorizado por el Rey para invitarle á comer, á fin de que pueda saborear de consuno los platos de su mesa y las majaderías de su mujer. Según parece está tranquilo y resignado.



Fouquet

Algo más puedo decirte del conde de Lauzun, que de cuatro años acá se halla confinado aquí, y que si Dios oye mis ruegos, permanecerá lo menos otro tanto tiempo. Después que ha venido, lo que es Saint-Mars no tiene momento de reposo: le da más que hacer este condenado dragón que todos los demás presos juntos. Soberbio, irascible, descontentadizo por temperamento, forzado como un faquín, y dotado de un vozarrón que mal año para el pregonero de almoneda dotado de más robustos pulmones, ha logrado urdir intrigas amorosas dentro y fuera

de la ciudadela y meter más ruido en Pinerolo del que hacía en Versalles. Sus dos últimas amantes la *Grande demoiselle* y la hermosa La Motte, camarera de la Reina, han derramado el dinero á manos llenas para que pudiera tomar las de Villadiego. De cuando en cuando se ven en la ciudad caras nuevas: se inquiera quién son ó quién dejan de ser, y de pronto



De Lauzun

desaparecen sin dejar el rastro más insignificante. Una tentativa de fuga malogróse lastimosamente: ya habían tragado el anzuelo uno de los centinelas y no sé quién más: había llegado á manos del conde un billetito, y al parecer hallábase todo dispuesto para que el pájaro pudiera volar; pero no se contó con la huésped, y la huésped era la perenne vigilancia de aquel condenado de Saint-Mars. Un enviado de la damisela, que fué hallado con las manos en la masa, juzgó conveniente abrirse las venas; otros fueron puestos á buen recaudo, y al amado galán no le quedó más recurso que seguir contando las vigas del techo. Puedes imaginar si fué comentado el suceso en Pinerolo; durante largo tiempo no se habló de otra cosa. Este buena pieza de De Lauzun, después de haberlas hecho muy gordas y de todos los colores, cortesano hipócrita, cazador de pingües dotes, jugador tramposo, vicioso empedernido, envidioso, maldiciente,

desaparecen sin dejar el rastro más insignificante. Una tentativa de fuga malogróse lastimosamente: ya habían tragado el anzuelo uno de los centinelas y no sé quién más: había llegado á manos del conde un billetito, y al parecer hallábase todo dispuesto para que el pájaro pudiera volar; pero no se contó con la huésped, y la huésped era la perenne vigilancia de aquel condenado de Saint-

villano respecto de las mujeres é insolente con su Rey, ha tenido maña y habilidad bastantes para hacer de su prisión un pequeño paraíso, si ha de juzgarse por lo que gasta en ella, puesto que, según pública voz y fama, los gastos de su instalación alcanzan la cuantiosa suma de diez mil liras francesas. Comida de príncipe, vajilla de plata, camisas de batista, colchones de pluma, dos criados, y damas de la más encofetada nobleza que suspiran por él á doscientas leguas de distancia. Lo que se llama nacer afortunado. Se dice que está en la misma torre que Fouquet, que es la más cercana al departamento ocupado por Saint-Mars; pero puedo asegurarte que, no obstante gozar una relativa libertad, ni una sola de las encofetadas damas de Pinerolo que, haciéndose ojos, no se sacian de dar vueltas en derredor de la ciudadela, ha logrado vislumbrar, ni siquiera remotamente, el perfil de su lindísimo rostro de hierro fundido.

* * *

Con lo dicho puedes comprender que la vida intelectual de Pinerolo consiste, y aún podría decir que se reduce casi, á comentar los hechos y los sucesos de aquellos señores, de los *mirlos*, como les llama bondadosamente el Gobernador, especialmente desde que ha terminado el espectáculo y diversión que ofrecían las obras de las fortificaciones, reforzadas á toda costa y sin pararse en el gasto, á consecuencia de la visita que con todo secreto nos hizo Vauban hace ya algunos años, en compañía, según creo, del omnipotente Louvois.

Las familias pinerolesas, apenas se tratan con los oficiales de la guarnición. Á prima noche suelen pasear por la plaza de San Donato; pero son contadas las que á ella concurren,

por lo mismo que les crispan los nervios los impertinentes bigotazos que ostentan los individuos de la compañía de honor, que monta la guardia en el palacio de la Gobernación, así como las familias de los comisarios y de los altos empleados franceses que, dando vueltas por la plaza, consumidos de tedio y de despecho, se desahogan diciendo sin recato ni miramiento pestes de la ciudad.

Los oficiales de la ciudadela, alojados en sus vastos pabellones, raras veces bajan á la ciudad; el desconfiado Saint-Mars no los suelta de la mano, temeroso que los de abajo puedan corrompérselos. La verdad es que jamás se da el caso de que vayan á coger ó á acompañar á un preso los soldados y los sargentos de la guarnición: ¡tan poca es la confianza que inspiran! No hay uno solo, y advierte que esto lo ha dicho el mismísimo Gobernador, que viéndose fuera de las murallas no se apresurara á soltar el preso, á fin de que no le estorbara para desertar. ¡Mira tú si puede fiarse en la fidelidad del ejército del gran Rey!

Consecuencia de esto, que cuando la ciudad no se halla preocupada por la venida de un oficial de mosqueteros, después de medio día, en cuya hora las tropas están entregadas al descanso, ofrece toda la apariencia de una verdadera necrópolis. Desde la puerta de Turín hasta la de Francia, delante de los inmensos cuarteles y los conventos silenciosos, sólo se ven pasar uno que otro capuchino ó tal cual hermano de la Concepción, y sin que se oigan otros rumores que los confusos ruidos de la Fundición y del Arsenal, que trabajan en nuestro daño. Se diría que aquel maldito castillote, que con sus cinco receptáculos de dolor se eleva como máquina gigantesca de tortura, para contaminar el azul del cielo, distinguiéndose desde todos los puntos de la ciudad y de todos



...allí se festejaban reyes y emperatrices... recibidos embajadores...

que los rumores que los creaban los nervios los impertinentes
 burlones que atormentaban los individuos de la compañía de honor,
 que vivían la guarnición en el palacio de la Gobernación, así
 como las familias de los comisarios y de los altos empleados
 franceses que dando vueltas por la plaza, consumidos de tedio
 y de desprecio, se desahogaban diciendo sin recato ni miramiento
 pestes de la ciudad.

Los oficiales de la ciudadela, alojados en sus vastos pabe-
 llones, raras veces bajan á la ciudad; el desconfiado Saint-
 Mars no los suelta de la mano, temeroso que los de abajo
 quisieran corrompérselos. La verdad es que jamás se da el
 caso de que vayan á coger ó á acompañar á un preso los
 soldados y los sargentos de la guarnición: ¡tan poca es la
 confianza que inspiran! No hay uno solo, y advierte que esto
 le ha dicho el mismísimo Gobernador, que viéndose fuera de
 las murallas no se apresurara á soltar el preso, á fin de que
 no lo esorbiera para desertar. ¡Mira tú si puede fiarse en la
 fidelidad del ejército del gran Rey!

Consecuencia de esto, que cuando la ciudad no se halla
 presurpada por la venida de un oficial de mosqueteros, des-
 pués de medio día, en cuya hora las tropas están entregadas
 al descanso, ofrece toda la apariencia de una verdadera necró-
 polis. Desde la puerta de Turín hasta la de Francia, delante
 de los inmensos claustros y los conventos silenciosos, sólo se
 ven pasar uno que otro capuchino ó tal cual hermano de
 la Concepción, y así que se oigan otros rumores que los
 estruendos ruidos de la Fundición y del Arsenal, que trabajan
 en su cuadro dañado. Se diría que aquel maldito castillote, que
 con sus viejos receptáculos de dolor se eleva como máquina
 gigantesca de tortura, para contaminar el azul del cielo, dis-
 tinguiéndose desde todos los puntos de la ciudad y de todos



...allí se festejaban reyes y emperatrices... recibidos embajadores...

los ángulos de las fortificaciones, arroja sobre las plazas y las calles el tedio de sus patios sombríos y la tristeza de sus horrendos calabozos. Pero no, no es el castillo: es la cara repulsiva de aquel condenado de Saint-Mars, que aparece en todas las ventanas y se ve á la vuelta de todas las esquinas. Él es y no otro quien llena la ciudad con su negro humor de esbirro desconfiado y marca el tiempo á la vida de Pinerolo, con el chirrido acompasado de sus formidables cerrojos. Hasta el mismo gobernador d'Herville siente su deletéreo influjo, por cuya razón, en cuanto se le ofrece coyuntura favorable, se larga á Turín con su cara mitad, la graciosa marquesa, — una verdadera preciosidad, — lo único bueno que he encontrado hasta el presente en la dominación francesa.



* * *

¡Oh, pasado querido y espléndido, hoy tan distante de nosotros! ¿Piensas en él alguna vez, amigo Toggia? Y decir que durante más de un siglo hemos sido la capital del Piamonte; queridos, agasajados, colmados de privilegios; que aquí nacían y eran enterrados nuestros príncipes; que en nuestra presencia eran festejados reyes y emperatrices; que contábamos con una población de gran ciudad, con catorce mil obreros y con una aguerrida milicia exclusivamente nuestra; que las murallas provistas de torreones se extendían algunas millas desde el

monte Olivete hasta más allá de la Abadía; que enviábamos nuestras lanas al mismo Oriente; que dábamos acogida á los embajadores de Nápoles, de Milán, de Venecia, de Hungría, de Viena y del Papa, y á los diputados de todas las ciudades del Piamonte, y á las espléndidas comitivas de los marqueses de Saluzzo y de Monferrato, y recibíamos las gratas visitas de los condes de Saboya, y presenciábamos las entradas triunfales de los príncipes de Acaya al volver vencedores de la guerra; y que á lo largo de estas mismas calles, tapizadas de mirtos y rosas, montadas en blancas hacaneas, salían á su encuentro sus bellas esposas vistiendo ricos trajes de brocado recamados de oro, bajo vistosos baldaquinos de raso blanco, en medio de los próceres cubiertos con sus férreas armaduras y de los miembros del Consejo que vestían sus rojas gramallas!... Y ahora sólo tenemos á Saint-Mars, á quien montado tengo en la boca del estómago. ¡Qué contraste, injusto cielo!

*
*
*

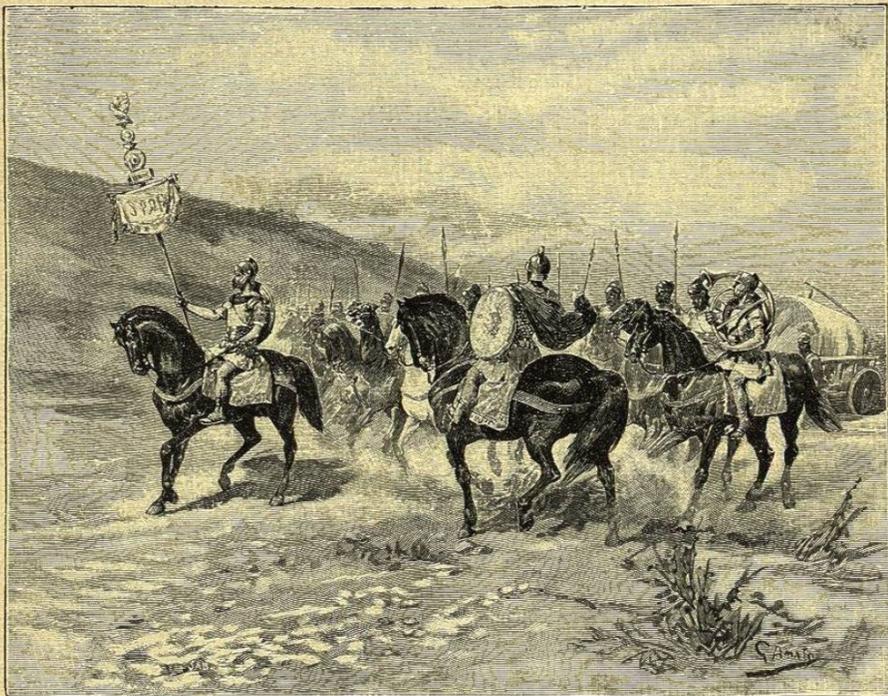
Si quiero vivir, amigo mío, necesito olvidar que semejante situación cuenta cuarenta y cuatro años de fecha, los mismos que yo, ni uno más ni uno menos; ya que, como sabes, vine al mundo el año mismo en que aquel grandísimo majadero del conde de Sealenghe, después de dos días de tremolina, cedía Pinerolo al cardenal Richelieu, haciendo deponer las armas á cuatrocientos valesianos y á trescientos hombres de nuestras milicias, que por sí solos habrían podido salvar el Piamonte. ¡Ah, si resucitara Emanuel Filiberto! ¡alma de buen temple la suya! Ya podría venirnos aquel fanfarronazo del lugarteniente Rivière con sus pretensiones:—El rey necesita tener un pie del lado acá de los Alpes,—como tuviéramos

un duque de Saboya capaz de responder al rey lo que respondió aquel personaje:—Conformes, con tal que el pie sea yo.—Pero ¿qué podemos prometernos de Carlos Manuel II, que se deja pisar los callos á diario por los embajadores de Francia, con tal de tener puesto en el banquete y palco en el teatro? Apunta á los dominios de Ginebra, del Vaud, de Friburgo y de Losana; mendiga pedazos de tierra á todas las cortes de Europa; envía sus regimientos á Flandes para que pierdan la pelleja batiéndose por el Rey; entabla pleitos con Génova, para hacer la triste figura que todos sabemos; se empeña en abrir el collado de Tenda y no piensa en devolver la independencia de Pinerolo, que es el bocado mediante el cual le tendrá siempre Francia bajo su dominación. ¡Siquiera hiciese buenos versos como su abuelo!

A tal situación hemos llegado, que sólo confiamos en una especie de diluvio universal, en una guerra tremebunda y vastísima que conmueva la Europa entera y destruya esta monstruosa cabaña dorada de la monarquía francesa. Por supuesto que, sea el que se quiera el resultado, estamos persuadidos de que hemos de ser nosotros quienes paguemos los platos rotos, y de que los efectos de la contienda, es decir, las bombas, las minas, la devastación y el hambre hemos de ser los primeros en experimentarlos; pero ¡qué le hemos de hacer! Este ha sido siempre nuestro sino, que para algo tenemos la honra inmerecida de ser la llave del Chisone, una de las puertas de Italia; y ya ves dónde la han fijado esta llave.

¡Pobre Pinerolo! Desde la segunda guerra púnica hasta nuestros días no han gozado diez años seguidos de paz los habitantes de estos lugares. Romanos y cartagineses, galos y sarracenos, godos y ostrogodos, longobardos y suizos, tudescos,

españoles, franceses y valdenses y marqueses y demonios colorados hanse desencadenado sobre nuestros cuatro campos y sobre nuestros cuatro terrones, de la misma manera que si esto fuese un circo levantado de intento por Dios nuestro señor, para que todos los pueblos de la tierra vinieran á pisotearnos la tapa de los sesos. Donde quiera que se cava se encuentran



grevas, coseletes, cascoó destrozados y espadas mohosas. ¡Qué espectáculo, si aparecieran de pronto redivivos sobre estos campos y estos collados todos los hombres de armas que en ellos han sentado su planta en el transcurso de veinte siglos, desde los númidas de Aníbal, hasta los alabarderos de Francisco I! De fijo veríamos entonces con satisfacción grandísima al picaronazo de Saint-Mars atemorizado y sin peluca, arrojándose de cabeza al foso de la ciudadela desde la torre del Diablo.

*
* *

Esto no obstante, y según te he manifestado, no lo paso del todo mal, gracias á mis ocupaciones, que son muchas, y á mis lecturas, que no son pocas. Mi distracción más grata la constituye un paseo que me doy todos los días, á última hora de la tarde, llevando en la mano las poesías de Chiabrera; un ejemplar precioso, con notas marginales, regalo del autor al marqués de Caluso, cuando fué á la corte del primer Carlos Manuel. Salgo de las cercanías de la Polveriera, donde habito, á lo largo de la ciudad baja; paseo poquito á poco por los bastiones de Villeroy y de Richelieu; doy la vuelta por la batería de la Corte, y por punto general termino mi paseo haciendo una corta visita al castillo de nuestros príncipes. ¡Qué quieres! Aquel pobre castillo, único resto de nuestra pasada grandeza, aprisionado por las humildes casuchas que en derredor suyo se levantan, con sus almenas semiderruídas y sus puertas atrancadas, que parece poseído del sentimiento de su decadencia, me da lástima y me entenece. Su silencio profundo retrae á mi pensamiento las fiestas y los amores que un tiempo le dieron vida; las desmesuradas ambiciones que como águilas prisioneras agitáronse en su recinto y las bellas princesas de Acaya que entre sus muros jugaron, lloraron y murieron.

Al cabo de un cuarto de hora de dejar que la mente se espacie en tales recuerdos, me parece estar oyendo los pasos precipitados de la orgullosa Isabel de Villehardouin reclamando su perdido principado, y me hago la ilusión de que estoy contemplando á Catalina de Viena, puestos sus hermosos ojos azules en las blancas cimas de los montes; á la desgraciada

Sibila del Balzo, que exhala su postrer aliento bendiciendo á su pobre Felipe, predestinado al lago de Avigliana; á aquel diablillo rubio de Margarita de Beaujeu, susurrando al oído de Jacobo las palabras que enloquecen; á Catalina de Ginebra con su virginal aspecto y su adorable lunar,preciado encanto de su rostro hechicero, y á Bona de Saboya, que con el velo de sus largas pestañas, templá el fuego de amor que arde en sus ojos. ¡Oh, si se asomaran todas al par á aquellas rasgadas ventanas y vieran ondear en lo más alto de la ciudadela el pendón de Versalles, cómo se ruborizarían de desdén y de vergüenza, desde la gorguera á la diadema, y harían añicos sus nacarados abanicos cuajados de perlas!

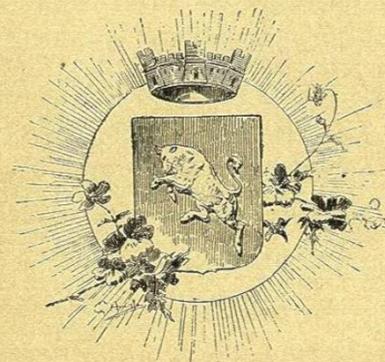
Después de haberme bañado en este sueño encantador, me dirijo hacia los antiguos cuarteles; lanzo una mirada al castillo, y por San Mauricio y por el bastión de Schomberg, bajando los ojos al Chiabrera, cuando distingo á lo lejos el sombrero de tres candiles de un guardacantón francés, me vuelvo tranquilamente á casa, consolado en cierto modo de la idea tristísima de que ha transcurrido un día más bajo el yugo de la dominación extranjera.

Aquel condenado de Saint-Mars, con su cara de mandril, ha tendido un velo de plomo sobre Pinerolo; pero no ha logrado entenebreceer la incomparable belleza de sus noches de luna. De aquí que, de regreso de mi excursión, acostumbre subirme á la solana de la guardilla para disfrutar desde allí los encantos que ofrece la vista de los alrededores. Las casas que con nítida blancura salpican las vertientes; las robustas ennegrecidas torres, que en las enhiestas cumbres se dibujan sobre el cielo límpido y sereno; la ciudad de Saluzzo, que semejante á una mancha blanquecina, se distingue al lado allá de la corriente fulgurante que describe el Po; la roca de Cavour,

que se levanta solitaria en mitad de la llanura, cual gigantesco fragmento de asteroide, precipitado al suelo de las lejanas regiones estelares y las nevadas cumbres de los Alpes, argentadas por la plácida luz de la luna; este espectáculo solemne y tranquilo, cuyo silencio turba sólo la grata voz del Lemina, que habla de las glorias pasadas, me tiene clavado en aquel sitio horas enteras. Y si por acaso, contemplando á corta distancia la desmesurada garganta del valle de Fenestrelles, que tanto hierro y tantas desventuras nos ha echado encima, se apodera de mi espíritu un sentimiento de tristeza, dirijo la mirada hacia Turín, en cuyo punto luce la esperanza de un porvenir más hermoso que el pasado y el presente, y mi corazón se reanima.

...Ha sonado media noche. Oigo los pasos de la ronda á lo largo de la calle, á la luz de la luna reconozco el perfil rodomontesco de aquel farolón de Rivière, y como ayer disputamos respecto de la cuestión de Casale, es muy capaz, viendo luz en mi aposento, de subir á zarparme esta carta. Amigo mío, no quiero máscaras de hierro. Te saludo cordialmente, y cierro la carta aprisa y corriendo.

Tuyo.—* *



Escudo de armas de Turín



LOS PRÍNCIPES DE ACAYA

Pinerolo, Agosto de 1883.

Tiempo hacía que deseaba visitar aquel palacio cuyas rosadas almenas

veía diariamente al otro lado de los pinos y los cedros que crecen en el jardín de la bella marquesa de Durazzo. Un edificio realmente singular, cuyo conjunto no podía abarcar de una sola

mirada, cualquiera que fuese el punto desde el cual lo contemplara; coronado de bizarras almenas que le comunican toda la fisonomía de castillo teatral; cargado de siglos y pintado recientemente y que por lo mismo ofrece el triste aspecto de un cadáver arrebolado; y por fin y remate escondido en un solitario rincón de Pinerolo, en medio de humildes casuchas y de pendientes callejuelas llenas de gran-

des pedruscos y surcadas por anchos y sonoros arroyuelos. Nunca había visto en sus alrededores más que chicuelos descalzos, bandadas de polluelos y uno que otro viejo soñoliento, acurrucado junto á una puerta, que sabía tanto de las gentes que en otro tiempo habían vivido entre aquellas paredes como la verde hierba que crecía entre sus pies. — ¿Qué diablos se encerrará allí? — me preguntaba, con frecuencia. Cierta mañana, discurriendo á lo largo de uno de sus muros misteriosos, parecióme oír un rumorillo de voces plañideras, semejante á una súplica de ánimas en pena; y una noche, asomándome á la terraza de una quinta cercana, pude ver á la luz de la luna, en el tenebroso jardín del palacio, una monja de arrogante figura deslizándose como un espectro por en medio de las plantas: — la imagen de un cuento de Boccaccio. — No se necesitaba más para excitar la curiosidad del más desatinado enemigo de ruinas ilustres.

No estaría además en lo justo si callara que en la susodicha curiosidad entraba por mucho un sentimiento de simpatía en favor de los príncipes de Acaya. Simpatía, digo, nótese bien, y no entusiasmo. Ni fueron grandes, ni tal vez pudieron serlo. En aquella afortunada labor, no menos diplomática que guerrera de la casa de Saboya, la parte principal, como fácilmente se deja comprender, correspondía á los condes, sus señores, que disponían de mayores fuerzas y se hallaban establecidos en lugares más seguros que las tierras de los príncipes. Aun prescindiendo del conde Verde y del conde Rojo, que fueron hombres de su tiempo, habrían bastado para oscurecer á los Acaya la gloria de Amadeo el Grande, que

les precedió, y la fama de Amadeo VIII, que vino en pos de ellos.

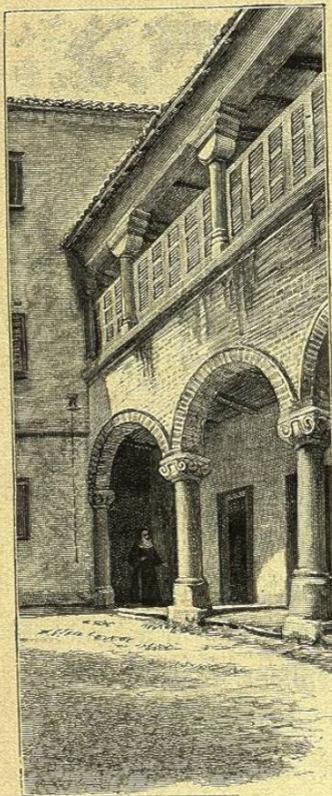
Y sin embargo, no fueron indignos de ser admirados. Establecidos en un territorio de fronteras mal determinadas, rodeado de municipios turbulentos y de señores cuya única preocupación era la conquista; colocados, respecto de los condes saboyardos, en una condición que, si bien les favorecía en los asuntos arduos por el valioso apoyo que les prestaban, les perjudicaba no poco, por lo mismo que coartaba de mil maneras su libertad política; incesantemente constreñidos á habérselas con enemigos más poderosos que ellos, por medio de alianzas y convenios, rotos, reanudados, falseados y violados de continuo; condenados á pelear casi sin descanso con los marqueses de Saluzzo y de Monferrato, con los Angevinos y los Visconti, en un país empobrecido por el desenfreno de la soldadesca mercenaria; cohibidos en el gobierno por las innumerables dificultades y los desórdenes incesantes que nacían de la falta de un código general de leyes y de la deficiencia de los Estatutos de todas y cada una de las municipalidades; á fuerza de sagacidad y de constancia, ora por medio de matrimonios y enlaces oportunamente concertados, ora con empresas atrevidas, y casi siempre por medio del valor personal, consiguieron unos acrecentar su poder, otros consolidarlo, y dejar todos expedito á la casa de Saboya el camino de la conquista para lo porvenir. Sí, lo consiguieron, y es éste su mejor timbre de gloria, conservando íntegra la fama de la lealtad que podía alcanzarse en aquellos tiempos y entre tales enemigos, sin mancharse con horribles crímenes en una época en la cual eran contados los príncipes que tenían las manos limpias de sangre; sin oprimir desmesuradamente á sus súbditos y antes bien librando á los municipios de la

mayor parte de la pesada carga de los derechos feudales, y gobernando de tal manera, aun en medio de las turbulencias y de las guerras, que en la mente del pueblo, que les era devoto, no por temor sino por afecto, iba unida á sus nombres una idea de magnanimidad y de justicia que le comunicaba fuerza en las situaciones difíciles y le servía de consuelo en la miseria y en las adversidades.

Con excepción de Jacobo, alternativamente débil, imprudente y temeroso en sus relaciones con Amadeo VI, pero de ningún modo malvado, todos los demás, educados en la corte de Saboya, y en sus primeros años compañeros de armas de los condes, dejaron un nombre ilustre y amado. Felipe fué hábil político y valiente capitán; Amadeo, soldado valeroso y príncipe prudente; Ludovico, de ánimo gentil, nada inepto para la guerra y fundador y protector de los estudios en cuanto lo consentía el tiempo en que vivió. Y hasta despierta no sé qué sentimiento de simpatía y de singular curiosidad, la circunstancia de haber pasado envueltos, casi perdidos, si así puede decirse, en la gloria de sus parientes, nada más que cuatro en el transecurso de más de un siglo, en una edad tan remota, en una tierra casi bárbara respecto de otras muchas de Italia, sin que los celebraran los cronistas, ni les cantaran los poetas; sin dejar en pos de sí otra cosa más que escasísimos documentos escritos en un latín macarrónico; sin un solo recuerdo vivo personal, ni siquiera las piedras ni el polvo de sus sepulcros, á lo cual debe agregarse algo de extraño y romancesco que comunica á sus nombres aquel título de un principado lejano, jamás poseído y siempre deseado, que durante cien años vislumbraron en sueños, como alentadora promesa de un país de hadas.

* * *

Fácilmente puede comprenderse, después de lo dicho, que fué motivo de grandísima satisfacción para toda la comitiva vernos delante de la puerta, abierta de par en par, dispuesto á recibirnos, al obsequioso é ilustrado canónigo Chiabrandi,



director del Hospicio de los Catecúmenos. Porque debe saberse que el palacio de los Acaya, después de haber sido propiedad privada durante algún tiempo, sirve ahora de asilo y escuela á los jóvenes valdenses de los valles cercanos, varones y hembras, que desean convertirse al catolicismo... ó pasar un invierno á cubierto.

¡Pero qué decepción la nuestra en cuanto penetramos en el patio!

No es posible dar una idea de la devastación horrenda que bajo el nombre de restauración artística ha sufrido aquella casa. El estrago es tal, que el primer sentimiento que su vista despierta en el ánimo es el deseo de tener al alcance de la

mano á cuantos realizaron ó permitieron realizar aquella incalificable profanación, aun cuando se contara entre ellos algún duque encopetado, para darles á todos, en nombre de la historia, del arte, de la poesía y de la patria, una carrera de baquetas de aquellas que no dejan ganas de volverlo á hacer.

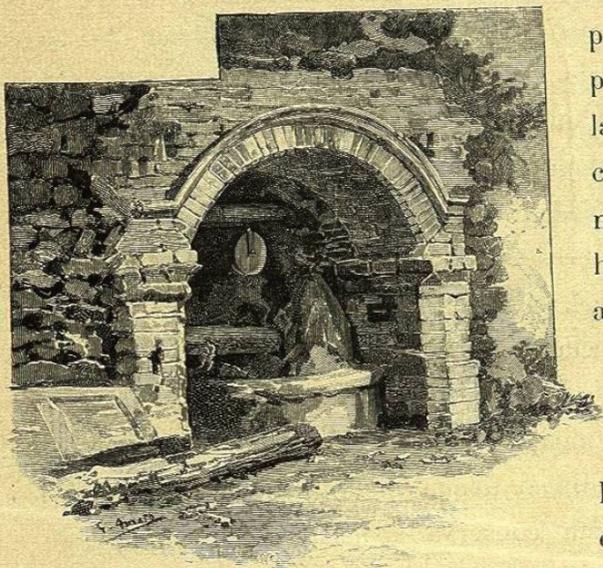
El palacio, que fundado en el 1318, cuenta por consiguien-

te seis siglos, podría juzgarse construído hace sólo seis años. Destruído aquí, allí reedificado, agregarónsele en unas partes aditamentos ridículos, con infelices imitaciones de lo antiguo; los muros han sido revocados y cubiertos después de un rabioso color de tomate cocido, sobre el cual se imitaron adobes, como en las casillas de los jardines, de mal gusto; en el interior todo está destruído y deformado, para dar lugar á la construcción de nuevas escaleras; las galerías altas tapizadas, las salas divididas por medio de tabiques; las paredes que tuvieron pinturas han sido cubiertas con una mano de cal; la torre, que se elevaba buena pieza encima de los tejados, ha sido desmochada sin piedad; en suma, una ruina que no tiene nombre. Las sombras de los marqueses subalpinos, desposeídos, deben venir á reirse lo menos una vez al mes.

El palacio afecta, de poco tiempo acá, la forma de un bidente rectilíneo, cuya abertura mira al Monviso, con un pequeño patio en medio y un reducido jardín delante. Los tres cuerpos del edificio tienen distinta elevación. Lo único que á primera vista conserva apariencia de antigüedad se halla en el piso bajo, y consiste en un reducido pórtico formado por tres arcos rasgados, sobre los cuales avanza una pequeña tribuna, en cuyo pretil apean ligeras columnitas que sostienen un tejadillo con alero muy pronunciado, hallándose cerrados con espesas celosías los espacios existentes entre una y otra columnita.

Pero ¿quién es capaz de decir cuáles fueron la forma y las dimensiones del palacio en el siglo xiv? Nadie absolutamente; porque aun cuando se sepa que en él vivían apretados, y aun admitiendo que del palacio formara parte un pequeño edificio que junto al mismo se levanta, en cuyas ventanas se conservan el dibujo y los caracteres extrínsecos

de la época, se hace difícil creer que pudieran en él tener cabida la familia de los príncipes, sus oficiales y sus servidores, y además los numerosos huéspedes que con frecuencia permanecían en su morada. A duras penas habrían logrado revolverse. Hay más aún: un estrecho aposento subterráneo, que abre junto á la calle, y que al parecer fué cuadra en otro



tiempo, no tenía capacidad suficiente para albergar todas las caballerías de la corte. Debe suponerse, pues, que hubo otros edificios anexos. Un robusto muro semiderruido, que cierra por uno de los lados un patinejo exterior, en el cual se conserva todavía

un antiguo pozo negro, constituía acaso la pared maestra de un importante anexo del palacio. Sea de esto lo que se quiera, lo que resta suscita la idea de un edificio mezquino, incómodo, demasiado estrecho para su elevación, algo que así participa de monasterio como de cárcel ó casa de alquiler sin concluir.

Pero ¿es posible, nos preguntábamos al atravesar aquel umbral, es posible que durante cien años, desde aquí fuese gobernado el Piamonte; que aquí fueran recibidos los legados del Pontífice y los embajadores del Imperio; que aquí se hospedara la esposa de Andrónico Paleólogo, emperador de Oriente? ¡Tristísimo desencanto!

*
*
*

Permanecimos un rato en el patinejo mirando á todos lados, descontentos, con un leve sentimiento de compasión hacia los antiguos príncipes, y luego subimos á los pisos superiores.

Hasta el mismo interior del palacio ofrece un triste aspecto de convento y hospital, resultante del enladrillado rojo vivo, de las paredes blancas y de los crucifijos negros, que se ven suspendidos en el fondo de los desnudos corredores, al través de los cuales proyectaba el sol acá y allá grandes rectángulos de dorada luz entrecruzados por los hilos de sombra que proyectaban las rejas de las ventanas. Nada interrumpía el profundo silencio, como de Trapa, que allí reinaba. El sagrado hospicio sólo cuenta al presente con tres conversos. ¡Qué mucho si es tan hermosa la estación! Hasta nosotros llegaba el feble rumor producido por uno que en el tercer piso hojeaba un libro, y de cuando en cuando, cerca de nosotros, distinguíamos el suave ruido resultante del roce discreto de hábitos monacales invisibles. Acariciaba nuestros rostros la brisa deliciosa proveniente de los Alpes...

Con el propósito de examinar su artesonado, del cual sólo restan contadas ménsulas toscamente esculpidas y torpemente jalbegadas, asomamos la cabeza á un aposento bastante capaz. ¿Fué por ventura la cámara nupcial, donde durmieron el sueño más grato de la vida las siete esposas de la casa de Acaya? ¿Quién podrá probarnos lo contrario? Al presente se ven en él dos largas filas de camas de enfermería, con las cubiertas de algodón á cuadros blancos y azules, y en ellas duermen las monjas y las catecúmenas cuando las hay. Otra sala del

primer piso ha sido convertida en capilla, á juzgar por un modesto altarcillo de iglesuela rural. Del uso á que pudieron estar destinadas las demás habitaciones del primer piso no queda el indicio más insignificante. Un príncipe de Acaya que resucitara no podría darse cuenta de ello por más que hiciera. Al través de un ventanillo percibimos cierto deslumbrante fulgor: nos dirigimos precipitadamente á él, en la esperanza de ver algunos fragmentos ó restos de armaduras: eran las cacerolas y los utensilios de cocina. Sin poderlo remediar, asaltóme el despecho y hasta la cólera. Porque la verdad sea dicha: resultaba penoso sobremanera el contraste entre la curiosidad estimulada por mil recuerdos; la impaciente avidez de contemplar, de reconocer, de descubrir, de examinar, de comprender, y la nuda desnudez, la estúpida ignorancia de aquellos muros recién construídos y aquellas escaleras nuevamente edificadas. Hubiese querido tener á mano un rascador y una piqueta, para trabajar como un condenado en desconchar paredes, derribar tabiques y convertirlo todo en un montón de ruinas, con tal de topar con un secreto, con una imagen viva, con una palabra siquiera, relativa á lo pasado, por más insignificante que hubiese sido. Porque no cabe dudar que aquellas paredes escondidas deben haber presenciado no pocas escenas en las cuales desempeñaron papel importante desenfrenadas ambiciones, lágrimas y quejas arrancadas por los celos, gritos jubilosos de victoria, insensatos atrevimientos de audaces pajecillos y secretos de amor y acaso de sangre!

* * *

Discurrimos lentamente de uno en otro aposento, vislumbrando á cada instante, al través de las góticas ventanas,

encantadores fragmentos de lejanos paisajes; que es lo único, según creo, que no habrá mudado gran cosa de cuanto existe en los alrededores del palacio.

Entretanto, y sin que pudiera evitarlo, preguntábame una y otra vez:—¿Cómo vivían? ¿De qué modo empleaban las horas del día en los tiempos ordinarios?—Y sin saber por qué, imaginaba horas eternas de tedio y aburrimiento, transcurridas en medio del profundo silencio de Pinerolo, amodorrada bajo el sol de Julio, y de las largas jornadas de otoño, durante las cuales el monótono rumor de la lluvia, cayendo cadenciosa y acompasada sobre las losas del patinejo, debía llenar el palacio de tristeza y melancolía. Los pasatiempos intelectuales habían por fuerza de ser escasos por demás en un país en que no existían rastros de arte, ni de literatura, y en el cual la ciencia y la erudición eran patrimonio exclusivo de contados monjes, escasos juristas y algunos notarios. Los temas de conversación debían consistir por punto general en los amores y chismecillos de las cortes vecinas, en especial de Saboya y de los marquesados, y en los matrimonios y aventuras de la nobleza feudal desparramada entre Perosa y Turín. También hablarían frecuentemente, en familia, de los asuntos, ora arduos, ora extravagantes que daban pie á los numerosos litigios que fallaban los jueces de los Comunes, contra cuyas sentencias se acudía en apelación á los príncipes. Las audiencias concedidas á los castellanos y á los adelantados; la llegada de los correos de Chamberi; la aparición de un capitán aventurero que iba á ofrecer su espada ó á sentar las condiciones mediante las cuales podría contarse con sus gentes, debían constituir acontecimientos extraordinarios, asunto de largas discusiones. Toda aquella política insignificante y embrollada, propia de Estados microscópicos; todas aquellas

contiendas interminables á que daba pie la posesión de un castillo roquero, de un molino, de un palmo de tierra, debieron dar lugar naturalmente á debates interminables, en los cuales se aducían opiniones sutiles y argumentos alambicados, en los que se repetía la misma cosa cien y cien veces. De fijo debieron constituir materia de privilegiada conversación, antes y después de los sucesos, las justas y los torneos con que se celebraban los esponsales y las paces; y aquellos bizarros banquetes en que se servían lechones dorados con fuego en la boca y becerros enteros con un verdadero jardín encima. Los perros y los caballos no les darían poco en qué pensar, y por lo mismo que eran más jóvenes que nosotros, hojearían con más frecuencia y más asiduamente el libro de la imaginación.

A la vida puramente física concedíanle mayor importancia. Las gentes del palacio debían recogerse muy temprano, de regreso de sus fatigosas y regocijadas excursiones, aquellos días en que los absortos pinerolese habían visto pasar envueltas en una nube de polvo, que el sol doraba con sus rayos esplendentes, á Isabel de Acaya rebotando satisfacción, seguida de numerosa tropa de jinetes, de pajes y de lebreles.

En cambio, qué vida más distinta, qué emociones más violentas las que debían experimentar en tiempo de guerra, cuando desde lo alto de las torres y de los campanarios exploraban la llanura los vigías numerosos, y la ciudad entera se conmovía á una voz ó en vista de una señal. Desde las ventanas de su palacio, como desde las tribunas de un palenque, contemplaban las princesas las gentes de armas que, después de haber salido por las puertas de la ciudad, se extendían formando columnas á lo largo de la campiña y ocupaban las colinas, que se veían coronadas de pendones y armaduras.



Puertas de Italia.

...habían visto pasar, envueltas en una nube de polvo, á Isabel de Acaya

concedidos interminables á que daba pie la posesión de un caballo roquera, de un caballo, de un palmo de tierra, debieron dar lugar á debates interminables, en los cuales se aducían razones astutas y argumentos alambicados, en los que se debatía la misma cosa cien y cien veces. De fijo debieron ser materia de privilegiada conversación, antes y después de los cascos, las justas y los torneos con que se celebraban las esposas y las paces; y aquellos bizarros lechones dorados con fuego en el pecho, los cerros enteros con un verdadero jardín encima. Los cerros y los caballos no les daban poco en qué pensar, y por lo común que eran este género que nosotros, hojearían con una frecuencia y tal vez asiduosamente el libro de la imaginación.

En la vida porción de vida concediendo mayor importancia á las gentes del palacio debían recogerse muy temprano, de regreso de sus largas y regocijadas excursiones, aquellos días en que las abejas pinerolese habían visto pasar envueltas en una nube de polvo, que el sol doraba con sus rayos esplendentes, á Isabel de Acaya reboando satisfacción, seguida de numerosa tropa de jinetes, de pajes y de lebreles.

En cambio, qué vida más distinta, qué emociones más violentas las que debían experimentar en tiempo de guerra, cuando desde lo alto de las torres y de los campanarios exploraban la fazura los vigías numerosos, y la ciudad entera se movía á una voz ó en vista de una señal. Desde las ventanas de su palacio, como desde las tribunas de un palenque, contemplaban las princesas las gentes de armas que, después de haber asido por las puertas de la ciudad, se extendían formando columnas á lo largo de la campiña y ocupaban las colinas, que se veían coronadas de pendones y armaduras.



Puertas de Italia.

... habían visto pasar, envueltas en una nube de polvo, á Isabel de Acaya

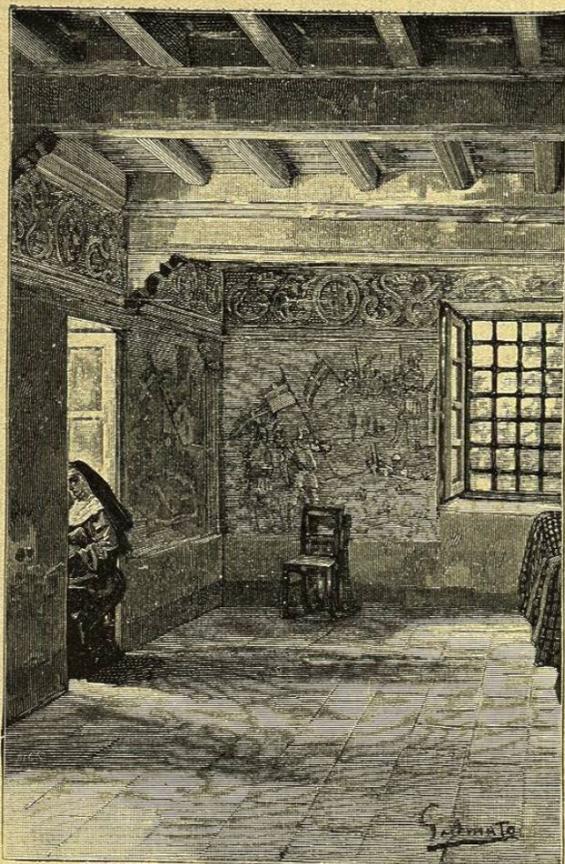
Cuando Felipe, con la flor de la nobleza saboyana, ponía sitio á Savigliano; cuando el príncipe Jacobo, auxiliado por Manfredo y el Senescal del Balzo, estrechaba á Saluzzo; y Facino Cane entraba á saco en Osasco; y Luis tomaba por asalto á Pancalieri, veían aquéllas desde sus moradas las fogatas nocturnas de los campamentos, y la deslumbrante claridad de los incendios, y las blancas nubes de polvo levantadas por el galopar de los escuadrones. ¡Cómo latirían sus corazones á la vista de tales espectáculos! No era lo mismo que recibir las noticias mediante el parte telegráfico. Respiraban el ambiente de la batalla; sentían sobre sus mejillas el soplo de la muerte. Compréndese perfectamente cómo había de crecer el ardimiento en el pecho de aquellos hijos de príncipes y en aquellas inocentes criaturas destinadas á ser un día esposas de príncipes que corrían á presenciar el regreso de los que habían peleado y tomado parte en aquellas feroces contiendas, en medio de las lanzas ensangrentadas, y de las antorchas encendidas, escuchando las imprecaciones de los prisioneros y los ayes de los heridos.

*
* *

Acariciando tales pensamientos, llegamos al segundo piso. En él, al cabo, encontramos algún resto notable: un vasto aposento que, según se nos dijo, constituyó el salón destinado á las grandes recepciones, en cuyas paredes se distinguían á trechos fragmentos de pinturas al fresco en claroscuro. El buen gusto de no sé quién los había ocultado no sólo bajo capas de cal, sino de espeso revoque, debiéndose al director de los catecúmenos el que hubiesen vuelto en parte á la luz del día. Ocupan próximamente una tercera parte de las pare-

des. Todo lo demás debe haber desaparecido bajo la despiadada pata de un borrico cuyo dueño quisiera ser durante veinticuatro horas.

De la infantil rudeza del dibujo, podrían juzgarse tales



frescos por demás antiguos; pero no puede admitirse en manera alguna que, en parte por lo menos, sean anteriores á la segunda mitad del siglo xv, representándose como se representa en uno de ellos á Amadeo IX de Saboya, que lleva en la mano un cartel, en el cual se ve escrita una de sus frases que ha adquirido gran celebridad. Y como la

familia de los Acaya extinguióse en el año 1448, cumple á los eruditos decirnos si los duques de Saboya, con posterioridad á Amadeo IX, han habitado durante algún tiempo el palacio de los príncipes, y bajo cuál de los duques fueron pintados los referidos frescos.

Son estos curiosos ensayos de la infancia del arte, y hasta podríamos decir del artista, especialmente los que se hallan

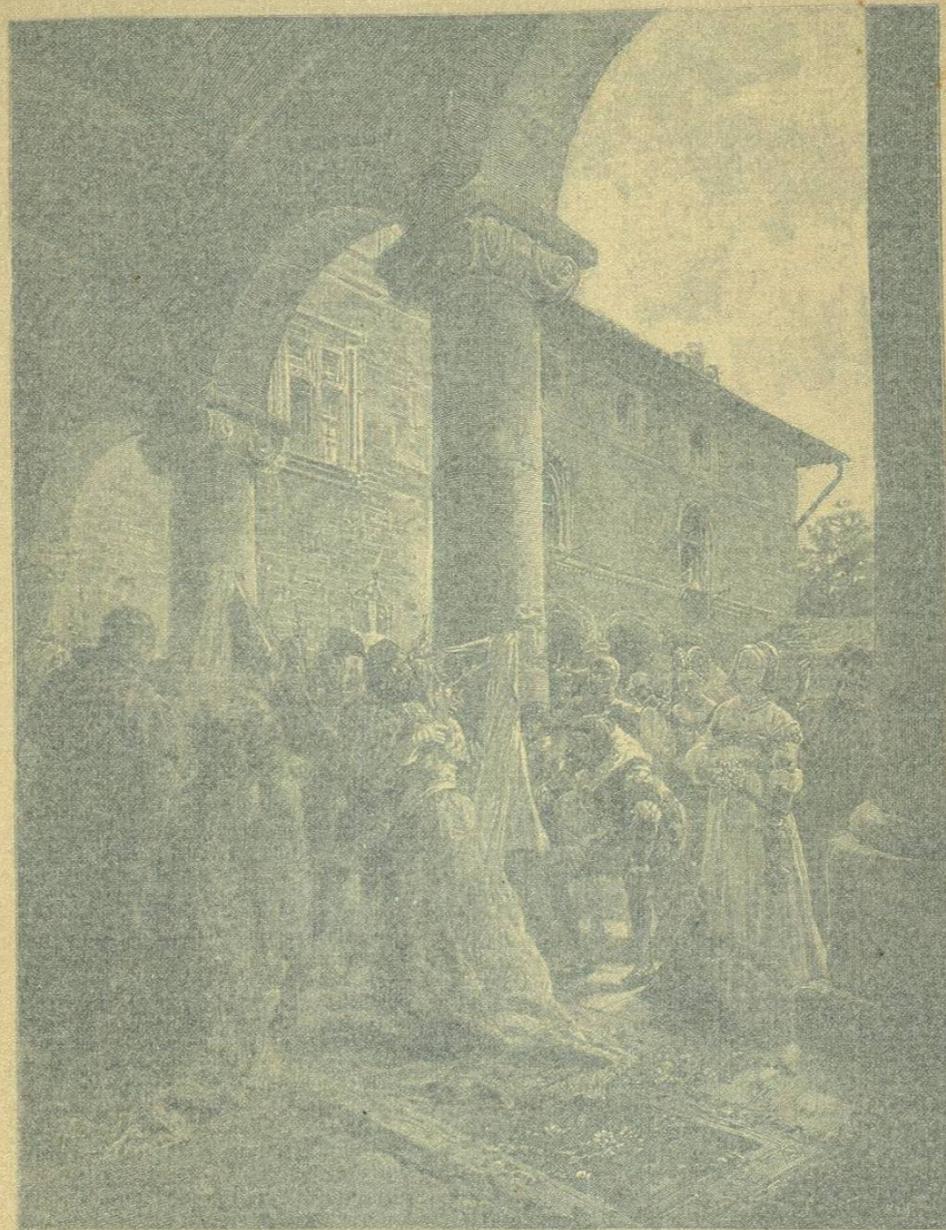
junto á la puerta, en los cuales se ve representado un caballero que, de pie y bajo palio triunfal, se empeña en penetrar á toda costa en una ciudad, cuya puerta es de tan reducidas dimensiones que sólo á gatas podría pasarse por ella. Vense también numerosos grupos de guerreros, de faz torva y siniestra, como tiranos de teatrillo de títeres plantados sobre la cumbre de ciertas montañuelas, que ofrecen todo el aspecto de pilones de azúcar, clavados al azar aquí y allá, como alfileres en un acerico, al lado de diminutos pinos ó cipreses, que tienen no pocos puntos de semejanza con los escobillones que se usan para limpiar los tubos de las luces de petróleo, y de numerosas casitas de nacimiento, de milagrosa perspectiva, que suscitan en la mente la vista de una aldea, obtenida por medio de una reproducción instantánea fotográfica, en el momento en que acaeció un terremoto que no había de dejar piedra sobre piedra. Otras pinturas representan condes ó duques de Saboya de pésimo humor.

Esta sala se halla convertida actualmente en dormitorio para los jóvenes catacúmenos, que descansan por lo mismo, tranquilos y felices, en medio de los rostros amenazadores de los que persiguieron á sus padres.

Nada más se conserva del tiempo antiguo en el interior del palacio: nada más absolutamente, ni siquiera tres diminutos peldaños, á los cuales pueda preguntarse como Musset á los famosos *escalones de mármol rosado*, de las hermosas mujeres que los oprimieron, cuál tuvo el pie más diminuto y el paso más ligero. Nada. Las pobres princesas ginebrinas, vienesas, sicilianas, saboyardas, francesas, desaparecieron sin dejar un recuerdo, una imagen siquiera discutida de sus facciones. Si los cronistas de aquellas edades hubiesen descrito siquiera las mujeres de su tiempo con la prolija minuciosidad

de mercaderes de esclavas con que las sacan á plaza los novelistas contemporáneos, ¡cuántos y cuán bellos retratos tendríamos actualmente á nuestra disposición! ¡Qué bellas y arrogantes debían estar con sus elevadas caperucillas y sus mantos de armiño, cuando se lanzaban con los brazos abiertos á lo largo de las escaleras, y al pie de ellas estrechaban amorosamente contra su albo seno las mallas cubiertas de polvo, de sudor y de sangre, de los vencedores de Monasterolo, de Sommariva y de Tegerone!

A falta de más seguro apoyo, acógese la fantasía á los nombres, que bastan por sí solos para suscitar encantadoras imágenes. ¿No es verdad que el largo, eufónico y sonoro nombre de Beatriz de Ferrara, primera esposa de Jacobo, basta para que se vean rasgados ojos negros y una boca purpurina, y una voz armoniosa y dulce que llega hasta lo más íntimo del corazón? ¡Qué extraño é inexplicable efecto el de estas vivas simpatías por un fantasma del pasado al cual hemos dado vida en nuestra mentel! Hablando yo con el buen canónigo, (él me perdone) parecíame tenerla ante mis ojos, y seguía con la mirada la cola rozagante de su veste azulada que se perdía en el fondo de los luengos corredores, y cuando iba á juntarme á ella en el patio, veíala aparecer de pronto en uno de los miradores del tercer piso, y al llegar ansioso y jadeante á aquel lugar, contemplábala paseando tranquila y lentamente á lo largo del jardín. ¡Pobre Beatriz, salida del palacio en el interior del féretro; con las flores de las bodas no marchitas todavía; muerta sin hijos, tan joven, y tan presto de todos olvidada! ¿Habrá sufrido mucho? ¿En qué aposento habrá fallecido? ¿Contaba siquiera con una amiga en esta corte? Y Catalina de Viena, su suegra, ¿la habrá querido? ¿Y cómo se expresó? ¿Valióse de su dialecto ferrarés? ¡Cuán dulce y

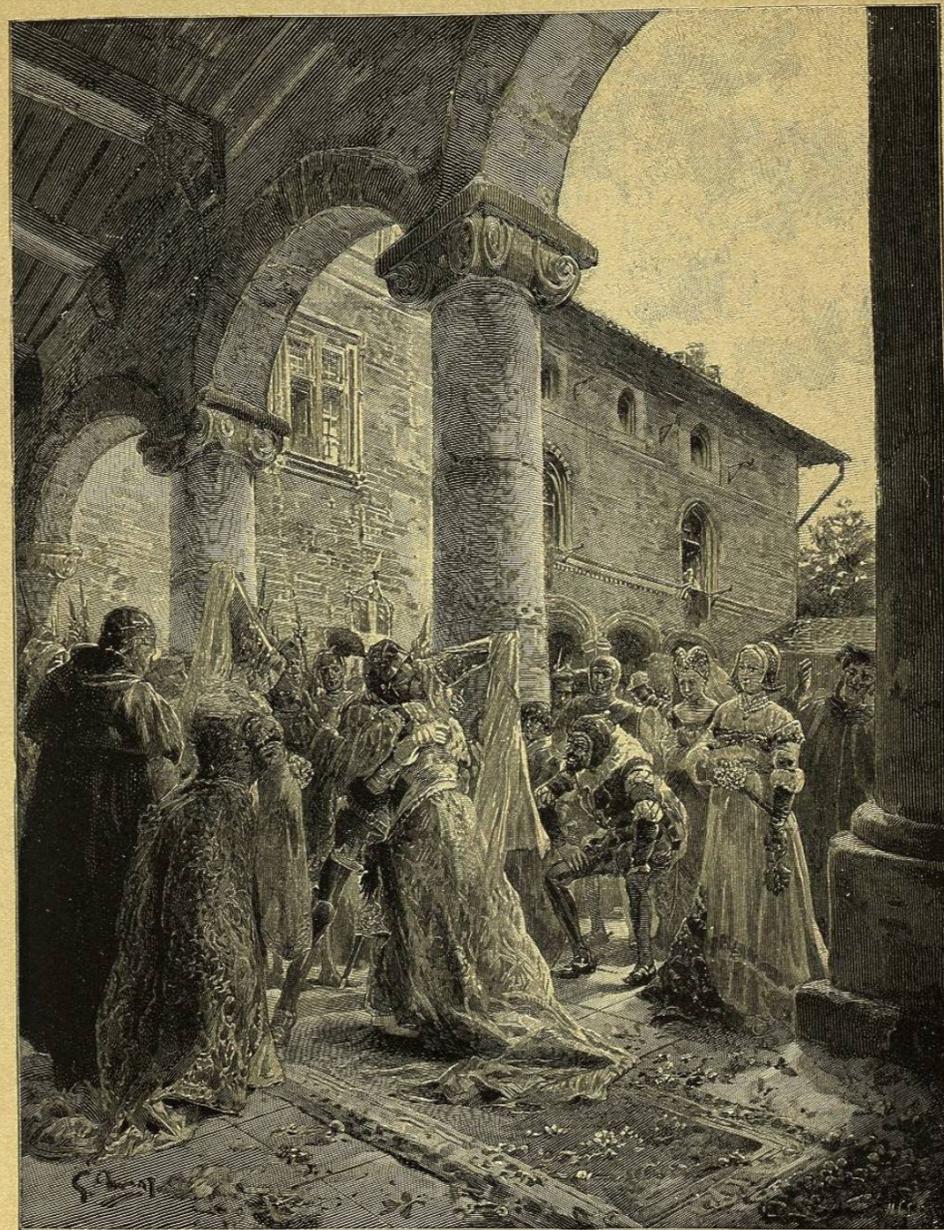


Puertas de Italia.

¡Qué bellas y arrogantes debían estar con sus elevadas caperucillas y sus mantos de armiño!

de mercaderes de esclavas con que las sacan á plaza los mercaderes contemporáneos, ¡cuántos y cuán bellos retratos tendríamos actualmente á nuestra disposición! ¡Qué bellas y arrogantes debían estar con sus elevadas caperucillas y sus mantos de armiño, cuando se lanzaban con los brazos abiertos á lo largo de las escaleras, y al pie de ellas estrechaban amorosamente contra su albo seno las mallas cubiertas de polvo, de sudor y de sangre, de los vencedores de Monasterolo, de Scanzariva y de Tegerone!

A falta de más seguro apoyo, acógese la fantasía á los nombres, que bastan por sí solos para suscitar encantadoras imágenes. ¿No es verdad que el largo, eufónico y sonoro nombre de Beatriz de Ferrara, primera esposa de Jacobo, basta para que se vean rasgados ojos negros y una boca purpurina, y una voz armoniosa y dulce que llega hasta lo más íntimo del corazón? ¡Qué extraño é inexplicable efecto el de estas vivas simpatías por un fantasma del pasado al cual hemos dado vida en nuestra mente! Hablando yo con el buen canónigo, (él me perdone) parecíame tenerla ante mis ojos, y seguía con la mirada la cola rozagante de su veste azulada que se perdía en el fondo de los luengos corredores, y cuando iba á juntarme á ella en el patio, veíala aparecer de pronto en uno de los miradores del tercer piso, y al llegar ansioso y jadeante á aquel lugar, contemplábala paseando tranquila y lentamente á lo largo del jardín. ¡Pobre Beatriz, salida del palacio en el interior del téetro; con las flores de las bodas no marchitas todavía; muerta sin hijos, tan joven, y tan presto de todos olvidada! ¡Habrá sufrido mucho? ¿En qué aposento habrá fallecido? ¿Contaba siquiera con una amiga en esta corte? Y Catalina de Viena, su suegra, ¿la habrá querido? ¿Y cómo se expresó? ¿Valióse de su dialecto ferrarés? ¡Cuán dulce y



Puertas de Italia.

¡Qué bellas y arrogantes debían estar con sus elevadas caperucillas y sus mantos de armiño!